

Chile y la vía al socialismo

Aníbal Palma Fourcade*

Resumen

Este artículo presenta una reseña histórica del partido político chileno Unidad Popular, y muestra una visión general de su programa de gobierno en 1970, año en el que fue elegido como presidente de Chile Salvador Allende, su líder. Asimismo, hace un balance de los aspectos más relevantes de la gestión de gobierno de este presidente, entre los que menciona: nacionalización del cobre, formación del área social de la economía, salud, vivienda, reforma agraria, educación, cultura, política internacional. Finaliza describiendo los rasgos distintivos de la personalidad de Salvador Allende a quien caracteriza como un líder consecuente.

Palabras claves: Unidad Popular, democracia, socialismo, líder consecuente.

Abstract

This article shows a historical review of Popular Unity, a Chilean political party. It also discusses its government program in 1970, when Salvador Allende, the leader's party, was elected President of Chile. In the same way, it makes a balance of the most relevant aspects of Allende's government management: copper nationalization, formation of social area of economy, health, housing, agrarian reform, education, culture, international policy, among others. The article ends by describing Salvador Allende's personality distinctive features, and recognizes him as a consistent leader.

Key words: Popular Unity, Democracy, Socialism, consistent leader.

Fecha de recepción: Enero de 1998

LA UNIDAD POPULAR

La Unidad Popular no es un invento político ni una alianza coyuntural para alcanzar el poder, sino el resultado de largas luchas de amplios sectores de la

sociedad chilena por profundizar la democracia y alcanzar mejores niveles de justicia social. Aglutina las fuerzas de izquierda de la época, socialistas, comunistas, radicales y núcleos provenientes del humanismo cristiano y del racionalismo laico. Todos ellos animados del firme propósito de impulsar un proceso de transformaciones estructurales profundas que abriera paso a una nueva sociedad. Su programa de gobier-

* Embajador de la República de Chile en Colombia. Autor de varias publicaciones, se ha desempeñado como académico en centros universitarios de Chile y profesor invitado de la Universidad de Bremen, Alemania.

no recogía los anhelos de cambio que sacuden a América Latina y a otras áreas del mundo.

Los años sesenta constituyen el período de mayor influencia de la revolución cubana en nuestro continente. Es un tiempo en que proliferan las guerrillas que se plantean la toma del poder y surgen numerosos movimientos que expresan su incorformidad con la sociedad en que viven. Son los años de la Teoría de la Liberación y de una fuerte ideologización, particularmente de las generaciones jóvenes. Pero este fenómeno no se limita a Latinoamérica; atraviesa también a otras naciones del Tercer Mundo y repercute en Europa. Es la época de los movimientos de Mayo en París, cuya influencia se extiende a otros países de ese continente, en que ser realista era pedir lo imposible, en que se clamaba por la imaginación al poder, consignas y reclamos que expresaban rebeldía frente a un presente que no respondía a las inquietudes de amplios sectores sociales y en especial de los jóvenes.

No era la primera vez que las fuerzas de izquierda en Chile se hacían eco y daban expresión orgánica y programática a reclamos y proyectos que trascendían las fronteras. Cuarenta años antes, en 1938, se materializó en nuestro país un frente popular que repite la experiencia de otras naciones donde se constituyen alianzas políticas de carácter pluriclassista para enfrentar la amenaza del nazismo. Cabe señalar que de los numerosos frentes populares que se forman

en el mundo, sólo se registra su triunfo en tres países: Francia, España y Chile, donde fue electo presidente de la República su candidato Pedro Aguirre Cerda en las elecciones de 1939. Señalo este hecho, y podría agregar otros, para que se tenga presente que la Unidad Popular de 1969 tenía legítimos antecedentes históricos como alternativa política democrática y de cambio.

Estos antecedentes y el contexto histórico que hemos recordado explican la caracterización y propuestas que se contienen en su programa básico de gobierno. «Chile —decía ese programa— vive una crisis profunda que se manifiesta en el estancamiento económico y social, en la pobreza generalizada y en las postergaciones de todo orden que sufren los obreros, campesinos y demás capas explotadas, así como en las crecientes dificultades que enfrentan empleados, profesionales, empresarios pequeños y medianos y en las mínimas oportunidades de que disponen la mujer y la juventud».

«Los problemas de Chile se pueden resolver —agregaba—. Nuestro país cuenta con grandes riquezas como el cobre y otros minerales, un gran potencial hidroeléctrico, vastas extensiones de bosques, un largo litoral rico en especies marítimas, una superficie agrícola más que suficiente. Cuenta además con la voluntad de trabajo y progreso de los chilenos, junto con su capacidad técnica y profesional. ¿Qué es entonces lo que ha fallado en Chile?»

«Lo que ha fracasado en Chile —señala ese documento— es un sistema que no

corresponde a las necesidades de nuestro tiempo (...) En Chile las recetas 'reformistas' y 'desarrollistas' no han logrado alterar nada importante».

Recogiendo también un clamor generalizado, el programa formula un fuerte ataque al «imperialismo norteamericano», denunciando sus abusos y explotación. *«Para muestra un solo dato –se decía–. Desde 1952 hasta hoy (es decir 1969) los norteamericanos invirtieron en América Latina siete mil cuatrocientos setenta y tres millones de dólares y se llevaron dieciséis mil millones de dólares. De Chile el imperialismo ha arrancado cuantiosos recursos equivalentes al doble del capital instalado en nuestro país, capital formado a lo largo de toda su historia».*

Esta introducción termina señalando que *«La única alternativa verdaderamente popular y, por lo tanto, la tarea fundamental que el gobierno del pueblo tiene ante sí, es terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile».*

Consecuente con esta caracterización y diagnóstico, el programa de la Unidad Popular proponía la creación de tres áreas de la economía: social, mixta y privada. Se establecía con toda claridad lo siguiente: *«El proceso de transformación de nuestra economía se inicia con una política destinada a constituir un área estatal dominante, formada por las empresas que actualmente posee el Estado más las empresas que se expropien».* Estas últimas, en un número de 90, eran las que condicio-

naban el desarrollo económico y social del país, y se establecía una indemnización para quienes resultaran afectados.

Se trataba, indudablemente, de un conjunto de propuestas que amenazaba el sistema de dominación vigente y los privilegios de los grupos dominantes. Más grave aún, señalaba un camino que podía repetirse en otros países que al igual que el nuestro se debatían en el subdesarrollo y la dependencia.

Desde la perspectiva que nos brinda el transcurso del tiempo, esas propuestas pueden parecer exageradas, ajenas a la realidad e incluso ingenuas, pero en su momento expresaban, como se ha dicho, un clamor muy extendido en América Latina y otras regiones y ampliamente mayoritario en Chile. Esta última no es una afirmación antojadiza. Entre el programa de la Unidad Popular de Salvador Allende y el de la Democracia Cristiana de Radomiro Tomić no existían grandes diferencias. Ambos coincidían en la necesidad de introducir reformas profundas en las estructuras socio-económicas. Mientras Allende hablaba de la «vía chilena al socialismo», Tomić proclamaba la «vía no capitalista al desarrollo». Cabe señalar que en las elecciones de septiembre de 1970, estos candidatos sumaron más de los dos tercios de la votación. Podríamos señalar también que la nacionalización de los bancos que planteaba el programa de la UP, y que hoy podría considerarse una herejía, había sido ya realizada en Francia por un gobierno de derecha presidido

por el General Charles De Gaulle.

Pero lo realmente novedoso no era el programa. Lo que llamó la atención internacional fue el camino escogido para hacer realidad los cambios propuestos. Con imaginación y audacia se pretendía dar respuesta a un debate no resuelto y en pleno desarrollo al interior del mundo progresista, que se planteaba la viabilidad de un proceso de transformaciones estructurales en el marco de la institucionalidad vigente. Es decir, se pretendía resolver la vieja discusión sobre la factibilidad de la vía electoral o la inevitabilidad del uso de la fuerza para el logro de esos fines.

Salvador Allende definió su proyecto como la «vía chilena al socialismo». Repetía una y otra vez que el proceso que impulsaba tenía sabor a empanada y vino tinto. En esta forma destacaba su carácter autóctono. *«El nuestro es un combate permanente por la instauración de las libertades sociales, de la democracia económica, mediante el pleno ejercicio de las libertades políticas»*, dijo en su intervención en las Naciones Unidas. Ante el Congreso de Colombia afirmó: *«Vamos hacia el socialismo, en democracia, pluralismo y libertad»*.

Se trataba de una experiencia inédita que se observaba con expectación y era objeto de análisis y controversia, pues su éxito o fracaso fortalecería una u otra de las tesis en debate. No se pretendía tampoco dar lecciones a nadie, sino reivindicar el derecho de cada pueblo a ser protagonista de su propio destino de

acuerdo a su realidad y a su historia.

Esta concepción y su incidencia en el plano ideológico constituía una amenaza tanto o más grave que la propuesta de programa. Así lo entendió desde el primer momento el gobierno del presidente Richard Nixon de los Estados Unidos, que pretendió por todos los medios impedir, primero, el triunfo electoral de Salvador Allende y después su acceso al poder.

Los resultados de la investigación practicada por una comisión del Senado norteamericano, presidida por el senador Frank Church, las memorias de Henry Kissinger y los documentos de la CIA, desclasificados recientemente, revelan la abierta intervención de ese país en la campaña electoral de 1970 y los intentos por provocar una intervención de las Fuerzas Armadas para impedir que Allende asumiera el mando de la nación.

Ante el fracaso de estas maniobras, Richard Nixon dio expresas instrucciones para preparar un programa de desestabilización que hiciera fracasar la gestión de gobierno de la Unidad Popular y provocara su colapso. «Hay que hacer crujir la economía», dijo a sus asesores, a quienes otorgó amplias atribuciones, y autorizó el uso de los recursos financieros que fueran necesarios. Todo esto antes que Allende empezara a gobernar. Así lo revelan también los citados documentos.

Esta verdad histórica desmiente rotundamente la afirmación que algunos

hacen para justificar el golpe militar de septiembre de 1973, alegando que éste obedeció a causas estrictamente internas originadas en los errores y abusos del gobierno.

GESTIÓN DE GOBIERNO

Salvador Allende y la Unidad Popular superaron una amarga experiencia que ofrecía la historia de Chile y de América Latina, en que los programas electorales constituían promesas que el ejercicio del gobierno olvidaba.

Por primera vez lo que un presidente prometió como candidato lo realizó en el desempeño de su cargo. En poco menos de tres años, en el marco institucional que regía al país, en democracia y en libertad, se cumplieron los puntos básicos del programa.

Es imposible resumir en pocas líneas lo que fue una labor de casi tres años. Nos limitaremos, en consecuencia, a los aspectos más relevantes o que tuvieron una mayor incidencia en el desenlace que todos conocemos.

- *Nacionalización del cobre*

La nacionalización del cobre, por su gravitación fundamental en la economía nacional y por los grandes intereses de compañías multinacionales de los Estados Unidos comprometidos en ella, provoca un fuerte impacto en el país y en el extranjero.

Los antecedentes que justifican esta

medida eran de tal envergadura, que el respectivo proyecto de Ley es aprobado por unanimidad del Parlamento, en el que la oposición tenía mayoría. Las empresas norteamericanas que explotaban los principales yacimientos cupríferos habían retirado en los últimos 40 años más de 4.000 millones de dólares por concepto de utilidades, en circunstancias que su inversión inicial no subió de 30 millones. Las tasas de utilidad anual resultaban escandalosas cuando se las comparaba con las que esas mismas empresas obtenían en otros países. Así, por ejemplo, la *Anaconda Company* obtuvo entre 1955 y 1970 una utilidad promedio del 21,5% anual, mientras que en otros países sus utilidades alcanzaban sólo a un 3.6%. La *Kennecott Copper Corporation*, en el mismo período, registró una utilidad promedio del 52% al año, y en algunos casos llegó a utilidades tan increíbles como el 106% en 1967, el 113% en 1968 y más del 205% en 1969. El promedio de las utilidades de la *Kennecott* en otros países, en el mismo lapso, alcanzaba a menos del 10%.

Los datos y cifras que se reseñan explican no sólo la aprobación unánime en el Congreso, sino también que el régimen militar hiciera una expresa excepción con el cobre en su implacable política de privatizaciones, manteniendo su explotación por el Estado.

- *Formación del área social de la economía*

De acuerdo con el programa de la Unidad Popular, se procedió a estatizar los bancos, compañías de seguro y las

grandes compañías monopólicas, las que, junto a las empresas nacionalizadas y las que desde antes estaban bajo control del gobierno, formaron el área social de la economía. No se trató de una confiscación, pues se procedió con estricto apego a la legislación vigente, y en la mayoría de los casos se fijó una indemnización de común acuerdo con los afectados.

A fines de 1971, el sector estatal producía cerca del 50% del producto nacional bruto.

- *Redistribución del ingreso*

La participación de los asalariados en el total del ingreso nacional aumentó de un 51% en 1970 a más del 60% en 1972.

- *Disminución de la cesantía*

Al comenzar el gobierno de Salvador Allende, la cesantía alcanzaba el 8,5%. Esta tasa disminuyó al 3,8% en 1973, que es el índice más bajo que registra la historia del país. Pocas naciones en el mundo pueden ofrecer un porcentaje semejante.

- *Salud*

Un solo dato revela el enorme esfuerzo que se hizo. El gasto per cápita en salud pública, que era de 38 dólares en 1970, aumentó a 48 dólares en 1971. No es posible dimensionar en cifras el impacto que en la salud de los niños significó la entrega gratuita de medio litro de leche diario.

- *Vivienda*

A pesar de todos los problemas de boicot y desabastecimiento, la construcción de viviendas tuvo un aumento considerable. Durante el gobierno de Alessandri (1958-64) se construyeron como promedio 30.000 viviendas anuales. En el de Frei (1964-70) éste fue de 40.000, mientras que en los casi tres años del gobierno de Allende se construyeron como promedio 54.600 viviendas.

- *Reforma Agraria*

Utilizando la misma Ley aprobada durante el gobierno Demócrata Cristiano del presidente Eduardo Frei, se expropiaron en el primer año 3 millones de hectáreas correspondientes a predios con una cabida superior a 80 hectáreas básicas. El proceso culminó en 1972, año en que se erradica la lacra del latifundio. La tierra fue entregada a los campesinos para su explotación en cooperativas que recibían ayuda económica y asesoría técnica de instituciones del gobierno.

- *Educación*

El Ministerio de Educación tuvo el porcentaje más alto del presupuesto nacional. Durante el gobierno de Allende se asignó a este Ministerio, como promedio, un 20% de dicho presupuesto. Medido en dólares del mismo valor, el gasto per cápita en educación subió de US\$ 33,17 durante el gobierno de Frei a US\$ 54,08 en el de Allende.

En las escuelas de educación primaria o básica se aseguró matrícula para el 100% de los niños en la edad correspondiente, los cuales recibían atención médica gratuita, desayuno y almuerzo escolar.

En la educación secundaria o media, en el año 1973 el 52% de los jóvenes asistía a liceos, escuelas técnicas o institutos comerciales

Paralelamente, se incentivó el funcionamiento de cursos de alfabetización y perfeccionamiento de adultos. El número de alumnos adultos no universitarios subió de 126.776 en 1970 a 593.698 en 1973.

En la educación superior se amplió considerablemente la capacidad de matrícula en las universidades. En 1970 el número total de alumnos universitarios era de 79.000, y en 1973 aumentó a 158.347. Pero lo más importante, se hizo un gran esfuerzo por cambiar la condición fundamentalmente elitista que caracterizaba la educación universitaria en Chile. Una encuesta de 1962 mostraba que el 98% de los alumnos de la Universidad de Chile, principal plantel de enseñanza superior, pertenecía a las clases altas, solamente el 2% eran hijos de obreros y no se registraba ningún hijo de campesinos. Durante el gobierno de Allende se adoptaron numerosas medidas para facilitar el ingreso a las universidades de los sectores más modestos de la población. En 1973, por ejemplo, el 48% de los alumnos de la Universidad de Concepción provenía

de familias de escasos recursos económicos. No es de extrañar que fuera precisamente la primera y la más afectada por la política educacional implantada después del golpe.

- *Difusión Cultural*

Durante el gobierno de Allende se registró un auge cultural sin precedentes en el país. Surgieron decenas de colectivos artísticos. Se fomentó la cinematografía, el ballet y el teatro. La música popular alcanzó una dimensión internacional. Había pruebas evidentes del mayor interés por saber y cultivarse. Un ejemplo significativo lo ofrece la editorial Quimantú, fundada por el gobierno en 1971. Esta editorial, en dos años y medio, publicó 12.093.000 volúmenes de 247 títulos diferentes, de los cuales a la fecha del golpe se habían vendido a precios populares 11.164.000. Debe tenerse en consideración que la población total del país no excedía de los 10.000.000 de habitantes.

- *Política Internacional*

Salvador Allende entendió siempre que en el mundo moderno la dimensión internacional de una política juega un rol decisivo. Más aún en el caso de Chile, en que se iniciaba la experiencia inédita de introducir reformas profundas a las estructuras capitalistas dentro del marco que presentaba la legalidad vigente y en que la aplicación del programa de gobierno tendría que lesionar necesariamente los intereses de los sectores dominantes en el país y de poderosos

sas empresas extranjeras. Allende tenía conciencia de que en estas circunstancias el desarrollo de la política internacional cobraba una importancia fundamental.

Sobre la base de principios que habían orientado permanentemente la política exterior de Chile, se incorporó una nueva dinámica en las relaciones internacionales. La plena vigencia de los principios de no intervención y de autodeterminación de los pueblos y el respeto a los tratados y acuerdos libremente convenidos, hacen posible la coexistencia pacífica de los estados sin consideración a la naturaleza de su régimen económico social. De acuerdo con este criterio, el gobierno de Allende practicó en sus relaciones internacionales el pluralismo ideológico, ampliando el número de países socialistas con que las mantenía, incorporando a otras naciones de Asia y Africa y manteniendo las existentes y sin romper las ya establecidas.

Se prestó una especial atención a las relaciones con las repúblicas de América Latina. El restablecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba se entendió como un acto de reparación ante una injusticia histórica. Este paso dado por el gobierno de Allende fue más tarde seguido por otras naciones. Se dio estricto cumplimiento a los compromisos contraídos con la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) y se impulsó decididamente el desarrollo de la subregión andina, que promovía la progresiva complementación e integración económica de los países signatarios del Pacto Andino (Chile, Perú, Ecuador,

Bolivia, Colombia y más tarde Venezuela).

Durante el gobierno de Allende, Chile no tuvo conflicto con ningún país latinoamericano. Es significativo que las relaciones con los países fronterizos nunca fueron mejores que durante su mandato.

Su preocupación permanente por los problemas de América Latina, lo impulsó a buscar los mecanismos que permitieran transformar la Organización de Estados Americanos (OEA) adecuándola a la realidad regional. Se planteó abiertamente la necesidad de superar dos ficciones fundamentales en que se fundaba la OEA y que impedían que a través de ella se pudiera sustentar un diálogo constructivo con los Estados Unidos. En primer lugar, la ficción que consiste en suponer que en su seno se reunían 23 estados iguales, y en segundo lugar, la ficción de considerar la existencia de una gran homogeneidad entre esos estados en base a presuntos intereses, objetivos e ideales comunes. Allende señaló que era tan enorme la diferencia de poder entre los Estados Unidos y cada uno de los países latinoamericanos considerados aisladamente, que resultaba imposible cimentar una relación y un trabajo eficiente, veraz y constructivo sobre el artificio de suponerlos iguales. Era tan evidente la oposición de intereses que se planteaban en diversos aspectos de la vida económica y del acontecer político, que resultaba imposible, ocultando tan imponente realidad, pretender edificar nada sólido y duradero.

Este lenguaje franco y directo encontraba acogida en numerosos gobiernos latinoamericanos que brindaron permanente respaldo a Chile ante las agresiones de que era objeto.

El común interés de los pueblos de América Latina por superar el subdesarrollo y la dependencia, los ubica en el mundo junto a otros pueblos que en Asia y Africa enfrentan desafíos semejantes. Consciente de esta realidad, Allende tomó la decisión de incorporar a Chile al Grupo de los No Alineados, muchos de cuyos postulados coincidían con los enunciados de su política exterior. Se buscaba fortalecer la unidad de todo el mundo en vías de desarrollo, por sobre las diferencias, circunstancias o no, que separaban a unos de otros, animados de la firme convicción de que sólo en la búsqueda de lo que los unía, y no de lo que los divide, se podría llegar a conformar un conglomerado progresista que enfrentara dinámicamente los desafíos y agresiones de los países más industrializados.

Allende estaba absolutamente convencido de haber procedido con estricto apego a la legislación chilena y al Derecho Internacional, y por ello no vaciló en denunciar en su discurso ante la Asamblea General de la ONU la agresión y las maniobras de que su país era víctima. En aquella ocasión (diciembre 1972) expresó: *«Desde el momento en que triunfamos electoralmente el 4 de septiembre de 1970, estamos afectados por el desarrollo de presiones externas de gran envergadura que pretendió impedir la instalación de un*

gobierno libremente elegido por el pueblo y derrocarlo desde entonces. Que ha querido aislarnos del mundo, estrangular la economía, paralizar el comercio del principal producto de exportación que es el cobre y privarnos del acceso a las fuentes de financiamiento internacional». «Estamos conscientes –agregó– de que cuando denunciemos el bloqueo financiero-económico con que se nos agrede, tal situación parece difícil de ser comprendida con facilidad por la opinión pública internacional y aun por algunos de nuestros compatriotas. Porque no se trata de una agresión abierta, que haya sido declarada sin embozo ante la faz del mundo. Por el contrario, es un ataque siempre oblicuo, subterráneo, sinuoso, pero no por eso menos lesivo para Chile. Nos encontramos frente a fuerzas que operan en la penumbra, sin bandera, con armas poderosas, apostadas en los más variados lugares de influencia».

Más adelante detalló con gran cúmulo de antecedentes cómo se llevaba a efecto esta agresión. Las investigaciones posteriores, los libros y documentos a los que antes nos hemos referido, han confirmado todas y cada una de estas denuncias.

La política internacional de Chile no pretendía ningún liderazgo. Se trataba, sobre la base del respeto mutuo y de la plena aplicación de los principios de no intervención y de autodeterminación de los pueblos, sin reclamar ni buscar liderazgo de ninguna especie, de contribuir a la lucha por hacer imperar la justicia y la paz en las relaciones internacionales.

El realismo y sobriedad de la política exterior impulsada por Allende hace que sus postulados mantengan actualidad y vigencia.

En relación a la labor del gobierno, es interesante destacar la comparación, en lo que respecta a la construcción de viviendas, con lo realizado en el gobierno de Alessandri, que impulsó un ambicioso plan de construcciones y en materia educacional, con lo efectuado durante el gobierno de Frei, que puso especial énfasis en esta área. En ambos casos, la comparación favorece al gobierno de Allende.

Se otorgó, como puede apreciarse, una mayor atención a la política exterior, porque su desarrollo explica en gran parte la preocupación internacional por la vía chilena al socialismo y porque, como se ha dicho, sus postulados principales se mantienen vigentes.

No todos fueron éxitos. Se cometieron errores y el programa fue sobrepasado en materias de alta sensibilidad como la formación del área social de la economía y la profundización de la reforma agraria. Eran sólo 90 las empresas susceptibles de expropiación, pero a través de tomas y huelgas ese número se amplió considerablemente, lo cual afectó a pequeños y medianos empresarios cuyas actividades no incidían mayormente en la economía. Similar situación se presentó en la agricultura. Mientras el objetivo principal era terminar con el latifundio, limitando las expropiaciones a los predios con una cabida

superior a 80 hectáreas básicas, medidas de presión o acciones de fuerza sobrepasaron ese límite, lo cual perjudicó a pequeños y medianos agricultores. El resultado fue que en ambos casos los afectados retiraron su apoyo o endurecieron su rechazo al gobierno.

Lo expuesto en el párrafo precedente constituyó un grave error, pues la profundidad y amplitud de los cambios requerían para su éxito del apoyo de una mayoría sustancial, y esos excesos redujeron las posibilidades de alcanzarla y fortalecieron, por el contrario, a la oposición.

En relación al programa de gobierno de la Unidad Popular, quisiera destacar por último un hecho que sus enemigos ocultan o tergiversan.

El proceso acelerado de reformas que el cumplimiento de ese programa desata, no obstante la fuerte reacción que genera de parte de los sectores afectados, no significó un desgaste para las fuerzas que constituían la base de sustentación del gobierno.

Allende obtuvo en la elección presidencial de septiembre de 1970, la primera mayoría relativa, con poco más del 36% de la votación. Menos de tres años después, en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, la Unidad Popular alcanza el 44.3%, lo cual indicaba un crecimiento y desarrollo importante de las fuerzas sociales que apoyaban el proceso.

Por primera vez en la historia de Chile, una combinación de gobierno acrecentaba su fuerza y no la disminuía promediando su mandato, como era tradicional en nuestro país. Lo anterior cobra mayor importancia por el hecho de haberse realizado esas elecciones en circunstancias particularmente adversas, en medio de huelgas y desórdenes promovidos por la oposición, desabastecimiento de bienes, presión internacional y crisis económica.

SALVADOR ALLENDE: UN LÍDER CONSECUENTE

No es posible referirse a la experiencia de la Unidad Popular en Chile sin destacar algunos rasgos sobresalientes de la personalidad de Salvador Allende, su líder y conductor.

En primer lugar, su condición de auténtico demócrata que lo acompaña a lo largo de toda su trayectoria política y gestión de gobierno.

Diputado y senador durante 36 años, cuatro veces candidato a la presidencia de la República, enfrentó el veredicto popular en numerosas ocasiones y respetó siempre sus resultados.

En 1958, en su segunda candidatura presidencial, es derrotado, por escasos treinta mil votos, por Jorge Alessandri, candidato de los partidos de derecha. A pesar de lo estrecho de ese resultado, Allende reconoció de inmediato el triunfo de su contendier y llamó a sus partidarios a mantener la calma para garan-

tizar el normal desarrollo de la vida democrática del país.

Muy distinta fue la actitud que asume el mismo Alessandri cuando en 1970 el resultado entre ambos se invierte y es Allende el que triunfa superándolo por algo más de 40.000 votos. En esa ocasión, con la abierta complicidad del derrotado, a quien la derecha presentaba como el paradigma de un demócrata, se intentaron todo tipo de maniobras para desconocer la legítima victoria del candidato de la izquierda.

Los mismos que entonces pusieron en grave peligro la democracia chilena son los que han pretendido después justificar el golpe militar como único recurso para salvarla. Pero la realidad es más fuerte que la calumnia y la mentira. La historia de Chile nos enseña que no ha sido nunca la izquierda la que ha puesto en peligro la democracia. Los intentos de desestabilización han provenido siempre de los sectores de derecha. Los mismos que promovieron la guerra civil de 1891 que condujo al suicidio al presidente José Manuel Balmaceda; que derrocaron al presidente Arturo Alessandri en 1925; que golpearon las puertas de los cuarteles buscando la intervención militar para poner término al gobierno de Pedro Aguirre Cerda a comienzos de los años 40. No puede extrañarnos, en consecuencia, la actitud que asumen frente al gobierno de la Unidad Popular.

Pero analicemos con objetividad cómo operó el régimen democrático du-

rante el gobierno del presidente Allende. Una democracia se mide por el funcionamiento de sus instituciones, por el respeto a los derechos y garantías que brinda, y en Chile, en esa época, esas instituciones funcionaron normalmente y esos derechos y garantías se respetaron.

El poder judicial mantuvo su independencia, y sus fallos, en la inmensa mayoría de los casos, eran adversos al gobierno cuando éste figuraba como parte litigante. Aun más, la Corte Suprema en diversas oportunidades emitió pronunciamientos fuertemente críticos y descalificatorios hacia el Poder Ejecutivo. El Congreso contó siempre con mayoría opositora, lo que le permitía bloquear o rechazar los proyectos de Ley del Gobierno y aprobar acuerdos y resoluciones de condena en su contra. La Contraloría ejercía su función fiscalizadora con rigor y acuciosidad.

Las elecciones municipales de marzo de 1971 y parlamentarias del mismo mes de 1973 se realizaron normalmente y sus resultados no merecieron reparo.

Existió la más amplia libertad de prensa. Ningún medio de difusión fue expropiado, clausurado o sometido a censura. Eran más y de mayor circulación los diarios y revistas de oposición. Eran más y de mayor sintonía las radios opositoras y el Canal 13 de televisión, acerrímo crítico del gobierno, competía en audiencia y cobertura con el canal estatal.

En lo que respecta a la vigencia y respeto de los derechos humanos, no es necesario extenderse. No se registra ningún preso político, nadie fue exonerado de la administración pública por su militancia o ideología. Ningún chileno fue expulsado del país o condenado al exilio. No existieron desaparecidos ni arrestos ilegales. Nadie fue torturado y a ningún detenido se le desconocieron sus derechos a un juicio justo y debida defensa. Después del golpe, y a pesar de las rigurosas investigaciones realizadas, ningún funcionario de gobierno pudo ser condenado por peculado o enriquecimiento ilícito.

Esta es la verdad, y contra ella se estrellan los intentos de falsear la historia.

Son muchos los atributos del presidente Allende que pueden destacarse: su tenacidad, su sentido del humor, su cortesía y caballerosidad, su confianza en el pueblo, su firmeza ideológica, su honorabilidad, su espíritu unitario, y tantos otros.

No puedo, sin embargo, dejar de referirme al rasgo más sobresaliente de su personalidad, que se expresa en todos los actos de su vida: Allende era hombre de hechos más que de palabras. Su trayectoria muestra una absoluta consecuencia entre el decir y el hacer, entre lo que se promete y se es capaz de dar. Su muerte es el ejemplo más sublime de esta consecuencia. En un discurso pronunciado en el Estadio Nacional, en diciembre de 1971, con ocasión de la

visita a Chile de Fidel Castro expresó: *«Defenderé esta revolución chilena y defenderé el gobierno popular porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir mi voluntad, que es hacer cumplir el programa del pueblo».*

En la última reunión del Consejo Superior de la Defensa Nacional, celebrada en la Moneda en el mes de agosto de 1973, y a la que asistían los principales jefes militares que después aparecieron promoviendo el golpe, Allende dijo: *«Creo, señores, que ésta es la última vez que*

se reúne este organismo, pero sepan ustedes –agregó– que yo no voy a renunciar al mandato que el pueblo me entregó, que voy a morir en mi puesto de combate y que de aquí, de la Moneda, yo no saldré vivo. Saldrá mi cadáver». Si se comparan estas expresiones con sus últimas palabras del 11 de septiembre, se podrá apreciar su absoluta consecuencia: *«Yo no voy a renunciar –dijo en esta última oportunidad– colocado en un trance histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo».*

Su muerte da fe de que no eran sólo palabras.